

MEANA, Juan Carlos: *El aprendiz de lengua extranjera*, Arteactivo Ediciones, Vitoria, 2019, 106p.

A través de Peter Handke, de Hugo Múgica, del pensador Didi-Huberman, del poeta Valente o el literato Paul Auster, este volumen de Meana se dedica a recorrer algunos nombres propios de los maestros que han dialogado con lo desconocido, esa sombra extranjera que, el propio Sócrates, ha de volver algún día a nuestras vidas. Es posible que, de Wittgenstein a Borges, todo clásico marque en esta cuestión un camino *de vuelta*, un regreso a la indeterminación del ser. Lo cual incluye hoy zafarse de nuestra velocidad de escape, la teleología histórica que se ha acelerado en los últimos siglos. Meana utiliza un andamiaje de nombres clásicos, tanto de la literatura como de la filosofía, para abordar lo *innominado* justo en aquello que algunos suponen más estructurado, el lenguaje. No es tan extraño que un artista como él, viajero inmóvil o nómada *in situ*, aproveche una larga estancia en Londres para reflexionar sobre lo más extraño de su propia biografía y escarbar en su memoria más remota. Parece que en todo este libro se trata de buscar la distancia, el *aura* constitutiva de lo natal. Pero, ¿no ha sido ésta la tarea del arte? Encontrar la libertad de lo extraño en lo familiar, una posibilidad *más alta*, leemos en algún lugar de *Ser y tiempo*, que cualquier realidad ya efectuada.

La palabra *tejer* se repite con frecuencia en este libro. Como si todo consistiera en trenzar de otro modo los puntos casi insignificantes del sentido, constituyendo un nuevo texto con nuestra discontinuidad esencial, esta *puntuación sin texto* que nos inquieta. Pensar, hablar, vivir es para Meana tejer afectos, encuentros, momentos. Por delante, diría Nietzsche, va el murmullo de lo vivido; detrás, la razón gramatical, intentando urdir provisionales estructuras de apoyo.

Recibido: 21/10/2020. Aceptado: 22/10/2020.

Se podría decir que el odio actual a la extranjería es el odio a la indefinición que todavía habita en nosotros, a un nomadismo anímico que los civilizados querríamos abandonar para siempre. A contrapelo de nuestro paradigma mayoritario, y siguiendo a Barthes, Meana habla de partir una y otra vez de un *grado cero* de sentido, una zona de indeterminación que es extrañamente *móvil*, un desierto poblado de sombras cambiantes. Pisamos el territorio de un silencio que *no duerme*, llegó a decir Lispector. Un silencio que *no cabe en el oído*, repite el Mujica que se cita en este libro: “En la palabra el hombre domina cuando se somete... Somos sujetos en la medida en que compartimos el vacío del lenguaje (p. 70). Desde ahí creamos incluso “el extrañamiento en la imagen”, vamos al encuentro de su silencio y en él logramos *espaciar* un sentido que coagula en constelaciones ocasionales (p. 31). Es lo que Barthes llamó *punctum*, esa herida puntual que rehace nuestras imágenes. Bajo el *studium* imperial que trenza nuestro canon, el de la circulación imparable de nuestra velocidad, ocurre de vez en cuando un *acontecimiento*. Apenas es un instante, pero nos envuelve y permite hilar de otro modo la cronología posterior. En torno a este *kairós*, obsesivo en Benjamin, gira *El aprendiz de lengua extranjera*.

Meana es escultor. Esto quiere decir que siempre trabaja *plásticamente*, también con las palabras. Su oficio es esculpir, lograr volúmenes a partir de materiales y del vacío. La escritura es rápida en comparación al ejercicio de la *escultura*, cuya lentitud nos permite tomar consciencia de la ambivalencia de las palabras (p. 33). La escritura exige acentuar la atención y la escucha, busca un espacio para que la palabra no se pierda en la cháchara del tiempo entretenido, esas “habladurías” que se multiplican en un interminable comentario, un ruido redundante donde nunca se concluye nada.

Tal vez no se trata tanto, para este libro, de construir una subjetividad cuanto de *retroceder* hacia las capas más soterradas del consagrado Yo, aprovechando el reblandecimiento de códigos que permite el choque con una lengua extranjera. ¿Buscar una subjetividad *emancipada* del sujeto (p. 25), de la sujeción obsesiva que nos ocupa? Nos debemos a un *proceso* de subjetivación que nos ha de devolver a una *comunidad de ausentes* (p. 59). *Espaciar* es lograr detener la carrera del parloteo colectivo. También eso es escribir, conseguir que el silencio teja otra vez el núcleo del sentido. Lo que “se da en el acontecer y no tiene que ver con lo que acontece” (p. 19).

Vivir lejos de casa supone acostumbrarse a los balbuceos, la inseguridad, la torpeza de expresión. Pero todo ellos nos puede devolver cierta sabiduría, una elemental sobriedad. Sentirse extranjero es una cura de humildad, pues entonces el maquillaje de nuestro currículum no cuenta. “Aquí humildad y

humanidad van juntas, ambas nos acercan al humus de la tierra” (p. 51), al enigma de una inestabilidad compartida que nos obliga a tejer con un hilo muy precario. Tejer es juntar líneas leves en superficies, darle cuerpo a filigranas muy leves. “En ruso no escribo lo que quiero, sino lo que puedo: mi pobreza acude en mi auxilio”, dice E. Carrère en *Limónov*. De un lenguaje *aprendido* Rilke dice lo siguiente a su amiga Marina Tsvietáieva: “¿Tu alemán? No, no se ‘trastabilla’. A veces se percibe en él cierta dificultad, como si alguien, al bajar por una escalera de piedra cuyos escalones no tuviesen una altura uniforme, no pudiera calcular cuándo tocará suelo su pie”.

Gracias al exilio londinense, Meana persiste allí donde el deseo aún no ha tomado su nombre (p. 28). Bajo la inercia de los códigos, que ya no sirven, ahora es vital re-aprender la lengua natal como si fuera extranjera. Desde su pulso *menor*, decían Proust y Deleuze. Ahora bien, para atender al “magma de lo naciente” (p. 29) habría que antes que *desfamiliarizar* el lenguaje, conseguir que hable de otro modo. Antes de convertirse en cliché, en significantes empoderados que circulan, cualquier lengua puede vehicular significados imprevistos. Para esta tarea vital de *recomenzar* no hay nada más útil que el trauma de chocar con lo que no entendemos. De ese mutismo vendrá otro sentido. En cierto modo, el que consigue hablar con otra cadencia, o escribir algo distinto, viene de una desértica ausencia, una idea muy cara a Meana. A pesar de su trenzado de orfebrería, el lenguaje inaugura en momentos cruciales una línea de sentido que viene de afuera.

Puede existir cierta serenidad en el extranjero, una sabiduría que proviene de su percepción anómala. Por eso el de fuera, junto con la maldición de un potencial rechazo, siempre ha gozado de una posibilidad de profecía que al autóctono le cuesta. Nadie es profeta en su tierra, pero la condición de extranjero facilita la concentración y el aislamiento, la pausa y el descanso que permiten volver sobre las rutinas y el espectro de los natal (p. 55). De hecho, el beneficio de un viaje está *a la vuelta*, en la manera en que cambia el pasado y unas condiciones de partida que se reinician. Tampoco el pasado está del todo escrito, y la virtud de un viaje es modificar la percepción que teníamos de nuestro origen.

En el principio era la mediación, dice Weil traduciendo a la Biblia. Aunque a Meana le importa un tiempo primigenio, una temporalidad inicial y pre-verbal escondida en la cronología. Si necesitamos *sujetarnos* y asegurarnos, pertenecer a algo y tener un pie en las instituciones, es porque hemos de vivir en permanente desequilibrio. “De eso trata la vida, a pesar de esta cómoda y ficticia sociedad del bienestar que esconde y arrincona cualquier desequilibrio en la misma medida que lo produce (p. 27). Tenemos la palabra

para *curarnos* de cierta enfermedad de vivir. La pervivencia del arte mismo solo se explica, a pesar de las mil trampas que lo cercan, como *medicina*. “La terapia de la palabra no es una solución, tan solo una calma efímera en el desierto de la sed” (p. 28). La sed nos guía, es el signo de una necesidad que nos desorienta si nos abandona, pues entonces perdemos la gravedad que nos permite algún tipo de sueño, de vuelo, como seres terrenales y humanos.

Para Meana se necesita *reescribir*, hacer memoria del presente, suspender momentáneamente los códigos para que el acontecimiento del sentido sea otra vez posible. ¿A la manera de un nuevo *devenir*, que será distinto a la historia ya escrita? Será solo un instante, pero en él “pasa un ángel” que frena el tedio de la cronología, reiniciando el lenguaje con otra sorpresa naciente. Tenemos que perder para ganar, maltratar los clichés, fracasar en los códigos para conseguir levantarnos y crear algo nuevo. Y no es solo una tarea ética, sino también corporal. Es necesario *partir* para alejarse de la pertenencia (p. 35). Al menos con una mano, es necesario abandonar la seguridad de la cobertura para que algo ocurra, en el orden de lenguaje y en el de la vida. De otro modo enfermamos de positividad, caemos en el mutismo inexpresivo de quien está *lleno* de códigos. Las estructuras “no bajan a la calle”, el sistema de la lengua puede asfixiar el uso del lenguaje. ¿No es este autismo, una mutante *desvitalización*, lo que nos rodea por doquier en las sociedades del bienestar?

Tiene que haber una retirada del yo, un recorte de nuestra vocación laica de una incesante alta definición. Tiene que darse una *vacuola*, en el código de lo que circula, para que se produzca una recreación del lenguaje, de su ambivalencia esencial. Como en Handke: la posibilidad de que algo penetre, nos perturbe y nos saque de la inercia (p. 39). El acontecimiento que rehace las situaciones necesita descender a la zona de indeterminación extranjera que está continuamente tapada por el imperio de los códigos. En el fondo no dejamos de aprender a leer (p. 57), lo cual permite alejar la prepotencia del yo. «Leer es reconfigurarse de nuevo, despojándose de lo ya sabido». Para leer hace falta experimentar, poner la seguridad en entredicho. Subrayar es de hecho re-escribir de paso que leemos. ¿Por eso hoy, en nuestro orbe sobre-codificado, la lectura ha caído en picado? Nos bastan las pantallas portátiles, que nos siguen con la cobertura de lo que nos gusta, con esa redundancia narcisista de los *likes*.

La soledad del extranjero es clave para librarse de la prisión informativa de los nombres (p. 44). No es solo que estemos solos, sino que es en la soledad donde hemos de hacernos con la lengua de los otros, para conquistar otra comunidad. Ocurre como si la presencia de lo desconocido “nos recordara que somos vacío frágil que hay que sostener cada mañana hasta

el final del día. En esta fragilidad consiste nuestra condición de sujetos que somos sostenidos por nuestro miedo a caer, por el miedo a nuestra propia vulnerabilidad” (p. 45).

Si atendemos a sus matices, casi toda palabra tiene un aire extranjera. Kafka nos recordaba aquella vieja tarea ética, que está ya en el *Libro del Tao*, de dejar-ser a la juventud del mundo e intentar oírlo, como un río, antes de que se cosifique en la inercia. “Cuando Heidegger -dice Jünger- sondea el lenguaje y desciende hasta sus raíces, hace algo más que lo que se exige ‘entre nosotros los filólogos’”. La exégesis de Heidegger es más que filosófica, incluso más que etimológica. Aferra la palabra allí donde está aún fresca, donde dormita silenciosa en toda su fuerza germinativa, y la levanta del humus del bosque. “La repetición se muestra incluso como el golpear el material extraído hasta desmenuzarlo, abriéndolo (p. 79). Por eso Deleuze dice en *Conversaciones*: “Hay que abrir las palabras, hender las cosas para extraer de ellas los vectores de la tierra”. Si en el principio era el Verbo, algunos orfebres del lenguaje como Meana parecen empeñados en disolver la cosificación de las palabras en la fluidez magmática de un tiempo donde voz y silencio, sentido y sonido, se confunden.

Además, la amalgama actual —sea en Londres, en Milán o en Madrid— de distintas “gentes, culturas y hábitos” (p. 47) refuerza la necesidad de descender al Babel desde el que germinan y se entienden *todas* las lenguas. En un sentido intenso, cualquier creación exige una solidaridad con el analfabeto, recuerda Meana (p. 75). Abrirse al mundo no es hacer turismo. Más que la manía actual de hablar varias lenguas, para decir lo mismo, habría que buscar el enésimo sentido de la lengua materna, su *potencia n*. Para eso nos sirve pasar la lengua natal por el acento de otra lengua, para reencontrar el extrañamiento de lo propio. De hecho, enseñar es ensanchar, transmitir confianza en lo que no se sabe (p. 89). Lograr sacar al otro de sí mismo, señalando la lejanía de la que vienen las palabras y las cosas.

Los relatos del sueño importan más que el sueño mismo (p. 95). Los intersticios de silencio hacen extranjera a la lengua natal. Nos hace *porosos* a su mutismo de fondo y hacen visible el hueco que somos (p. 104). Escribir, crear, esculpir, pensar, hablar es abrir espacios indeterminados desde los que se puede vivir de otro modo. Meana defiende aprovechar lo extranjero de la lengua para pararse y abrir una brecha en el tiempo de esta programación histórica que nos aprisiona (p. 106). ¿Es pedir demasiado? Si fuera así, estaríamos otra vez paralizados por una positividad histórica que no le ha concedido espacio a la alteridad que aletea sobre nosotros, sobre cualquier palabra.

Ignacio Castro Rey